

**TIENES  
QUE  
PARAR  
YA**

por Pseudonymous Bosch

ILUSTRACIONES DE GILBERT FORD



DiQueSí



© EDICIONES DIQUESí  
© de la traducción, María J. Gómez

Diseño: Estelle Talavera  
novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-945196-4-2

Depósito Legal: M-18234-2017

© Todos los derechos reservados 1ª Edición: Madrid 2017  
Impreso en España por Estiló Stugraf S.L.

Copyright © 2011 by Pseudonymous Bosch  
Copyright © 2010 de las ilustraciones, Gilbert Ford

All rights reserved. Except as permitted under the U.S. Copyright Act of 1976, no part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, or stored in a database or retrieval system, without the prior written permission of the publisher. Little, Brown and Company Hachette Book Group USA 237 Park Avenue, New York, NY 10169  
Visit our Web site at [www.lb-kids.com](http://www.lb-kids.com)

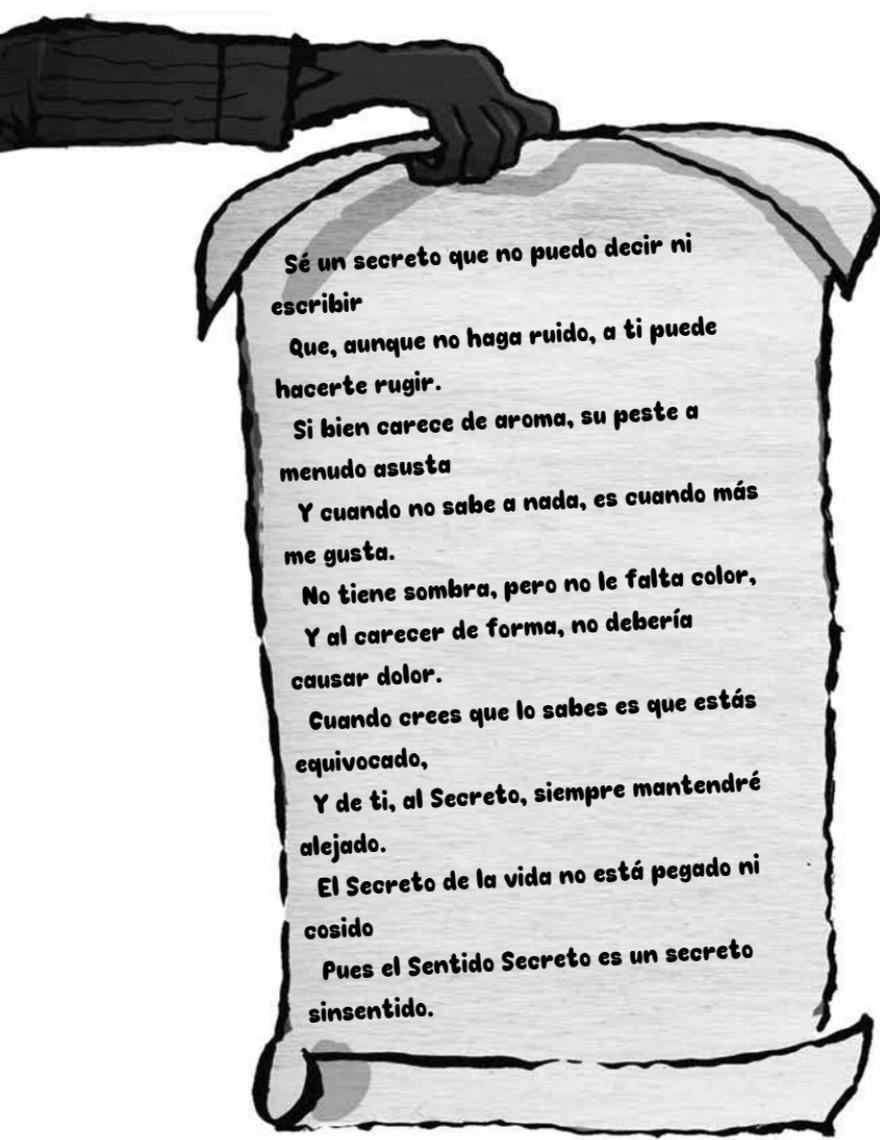
Los hechos y personajes contenidos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con alguna persona real, viva o muerta, es accidental, y carece de intencionalidad por parte del autor que, para empezar, nunca pretendió escribir este libro.

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

# **PARA P.**

Con mi secreto agradecimiento a SB, JH y MP.

Y para mi mamá,  
Que todavía me ayuda con mis deberes.

A hand in a dark, textured sleeve holds the top edge of a white scroll with a black border. The scroll is unrolled and contains several lines of text.

Sé un secreto que no puedo decir ni  
escribir

Que, aunque no haga ruido, a ti puede  
hacerte rugir.

Si bien carece de aroma, su peste a  
menudo asusta

Y cuando no sabe a nada, es cuando más  
me gusta.

No tiene sombra, pero no le falta color,  
Y al carecer de forma, no debería  
causar dolor.

Cuando crees que lo sabes es que estás  
equivocado,

Y de ti, al Secreto, siempre mantendré  
alejado.

El Secreto de la vida no está pegado ni  
cosido

Pues el Sentido Secreto es un secreto  
sinsentido.

# PREFACIO



**U**n ibis estaba quieto y en silencio a orillas del Nilo.

Muy cerca de él otras aves se zambullían en las aguas turbias y poco profundas del río, intentando picotear algún pez o, con suerte, alguna rana despistada. De vez en cuando, uno o dos levantaban el vuelo, victoriosos, con sus presas intentando escurrirse de sus soberbios picos. Los otros pájaros graznaban con envidia. Pero el ibis, el ibis sagrado, como se conoce a esta variedad en Egipto, parecía estar al margen del escándalo que se había producido a su alrededor.

Su cuerpo blanco como la nieve, su cabeza negra como la tinta, su pico largo y curvo y su porte elegante, le daban cierta apariencia altiva e impenetrable.

No se fijó en el aldeano que lavaba su ropa en las rocas. Ni en el pescador que avanzaba en su bote de juncos. Cuando unos niños comenzaron a lanzar piedras a los otros pájaros, todos empezaron a batir las alas, asustados. Todos excepto el ibis, que seguía con las alas pegadas al cuerpo como si fuera una concha. Únicamente la sigilosa aparición de un cocodrilo reptando entre las plantas de algodón consiguió que las plumas del ibis se erizaran; aunque sus patas finas y largas no se movieron ni un ápice.

Durante horas el ibis miró imperturbable al horizonte. Como si estuviera esperando una señal (como una bandera roja o una nube de humo, por ejemplo). Pero el sol se puso y salió la luna. Y el ibis seguía sin inmutarse.

Cuando las aves más precavidas decidieron volver a sus nidos, el ibis, sin previo aviso, abrió sus alas y se precipitó al vacío. Volaba rápida y deliberadamente sobre el Nilo, con su esbelto cuello apuntando a la noche y sus amplias alas blancas iluminadas por la brillante luz de la luna saharai.

\*

En alguna parte del desierto, entre los escarpados peldaños de roca que conducen al templo del dios Toth, un hombre inocente estaba a punto de ser ejecutado por orden del faraón.

No había forma de que el ibis pudiera escuchar los gritos del condenado, y mucho menos haber leído el fatídico secreto que momentos antes había escrito en un trozo de papiro. Aun así, parecía que el ibis acudía a su llamada.

# CAPITULO UNO



**E**lige una:<sup>1</sup>

- a) Hace poco tiempo, en un cercano y aburrido lugar...
- b) Era un oscuro y siniestro caballero...
- c) Era el peor artista del mundo, aunque afortunadamente no lo sabía...
- d) Este libro es un *rollazo*. Me largo a ver la *tele*.
- e) ¡Corre!

<sup>1</sup> La respuesta correcta es la e). ¡Corre! ¡Ahora! ¡Ya! Si quieres saber mi opinión, te recomiendo que te alejes de este libro cuanto antes. Y si sabes lo que te conviene, eso es exactamente lo que harás ahora mismo.

# CAPITULO DOS



**P**ero mira que eres... ¿Todavía sigues aquí? La verdad es que no sé de qué me extraño.

Da igual, has esperado demasiado a que llegara este momento. Vale, pues voy a librarte de tu desafortunada búsqueda ahora mismo.

Voy a revelarte el Secreto; un secreto perseguido desde hace siglos. Tal vez milenios. Y que encontrarás en la página siguiente...

Bueno, puede que sea la siguiente...

¿En la siguiente...?

No, no. No puedo. Aún es demasiado pronto.

Si te cuento ahora el Secreto no vas a leer una letra más, ¿eh?

Te lo diré antes de terminar este libro.

Te lo prometo...

... tal vez.

Es que depende de varios factores.

Como, por ejemplo, la forma en la que tú afrontes todo este embrollo.

¿Seguro que quieres conocer el Secreto?

Compartir un secreto es algo así como dejar salir el aire de un globo: el secreto forma espirales mientras se desinfla y hace un ruidillo de lo más peculiar. Si apuntas bien, incluso puedes atizar a algún incauto en la nariz. Pero siempre termina cayendo al suelo. Y entonces es imposible evitar esa terrible sensación de pérdida y abandono.

No suena muy alentador, ¿eh?

Además, piensa un poco: ¿cuándo me has visto con ganas de hacer algo que no sea satisfacer mi ansia de chocolate?

La verdad es que no entiendo por qué te molestas en leerme. Si decides abandonarme en este momento, no te preocupes, lo entiendo.

No tengas en cuenta todo el tiempo que has invertido en esta aventura; a veces es mejor dejarlo y salir corriendo (lee el CAPÍTULO UNO).

Esta es tu oportunidad de escapar. No te preocupes, no miraré cómo te alejas. Voy a cerrar los ojos y a tomar un mordisquito de esta deliciosa tableta de chocolate negro...

Hmmmmgh... Bueno, vale, solo otro más... Hmmmmgh...

\*

¡No! ¿Todavía sigues aquí? Un pelín cabezota, ¿eh? ¿O es que tienes un problemilla de curiosidad enfermiza?

Lo sé, este libro es como un accidente de tráfico. No quieres mirar... pero no puedes evitarlo.

Por si te sirve de consuelo te diré que tu amiga Casandra tampoco está muy contenta al principio de esta historia. Igual que tú, está desesperada por conocer el Secreto.

Recuerda que, recientemente, ha estado a punto de descubrirlo. Entre los tesoros que heredó de su antepasado, el bufón, había un fragmento de papiro con el Secreto escrito en jeroglíficos. Pero el mensaje se desintegró delante de sus narices.

Ahora Cas se dirige a casa de sus abuelos. Acaba de enterarse de que van a vender su casa y negocio, la estación de bomberos, y quiere asegurarse de que el arcón del bufón no se pierde en el traslado. Además, tiene la esperanza de encontrar alguna otra pista sobre el Secreto en el interior de...

\*

¡Vaya, mírala! Está bajando la calle junto a Max-Ernest. No me he dado cuenta de lo mucho que me he enrollado, perdona.

Si no me equivoco, en estos momentos están hablando de los deberes que están haciendo para el tema que trata sobre Egipto: *Haz una lista con todo lo que te llevarías al más allá.* Como sabes, a los antiguos egipcios les gustaba

guardar todas las posesiones que pudieran durante el mayor tiempo posible.

Aquí te dejo lo que se van diciendo:

—... Y una tableta gigantesca de chocolate, por supuesto, por si me entra el gusanillo en el más allá. Y algo de ropa interior, porque... Bueno, porque ya me entiendes —decía Max-Ernest—. Ah, y una baraja de cartas. ¿O crees que eso es hacer trampas? Porque una baraja tiene cuarenta y ocho cartas, y se supone que solo nos podemos llevar diez cosas...

—No. Creo que una baraja cuenta como una cosa —opinó Cas, que iba unos pasos por delante.

A Max-Ernest le costaba seguirle el ritmo, y aquella imagen le resultaba de lo más familiar. La mochila. Las trenzas. Las orejas puntiagudas. Y siempre, siempre, detrás de ella. Lo que resulta un poco injusto si lo piensas. Él, Max-Ernest, era un poco más bajo que Cas. Tenía derecho a ir delante de ella; no podía obstaculizar el campo de visión de su amiga.

—¿Los egipcios tenían cartas? —preguntó Cas, por hablar de algo—. Con esos jeroglíficos podrían haber hecho una baraja muy chula.

A Max-Ernest se le iluminó la cara.

—¡Qué buena idea! No creo que tuvieran, pero podríamos hacer nuestras propias cartas y...

—Pero solo hay veinticuatro jeroglíficos en el alfabeto egipcio, ¿no? —le cortó Cas—. ¿O hay más? He oído las dos cosas.

Se detuvo en un cruce. Los coches avanzaban a paso de tortuga y los conductores tocaban el claxon sin parar, lo que era inusualmente ruidoso para un barrio tan tranquilo como aquel.

—Bueno, veinticuatro son los principales. Representan sonidos, igual que nuestras letras —explicaba Max-Ernest,

encantado de debatir sobre un tema que le interesaba especialmente—. Pero hay miles y miles de ideogramas, que son una especie de signos que representan conceptos. No creo que nadie sepa cuántos...

Cas frenó de golpe, volvió la cabeza y le miró a los ojos con expresión de decepción.

—¿Quieres decir que no...?

—Es imposible, pero si lo piensas... ¡Tu baraja puede tener tantas cartas como quieras! —exclamó Max-Ernest entusiasmado.

—Oh, no. Eso es precisamente lo que me temía.

Max-Ernest no entendía el repentino cambio de actitud de Cas.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué es malo? —preguntó muy intrigado.

Cas se mordió el labio inferior. Era La Guardiania del Secreto. Se suponía que el Secreto tenía que ser suyo y de nadie más. Por no mencionar que, como todos sabían, Max-Ernest era incapaz de guardar un secreto. Pero, a pesar de sus fallos, era su mejor amigo y su incansable compañero de fatigas. Se había resistido durante semanas, pero se moría de ganas por compartir con él su último descubrimiento.

Así que, miró fijamente a su amigo y se desmoronó:

—¿Y si te dijera que conseguí abrir el cofre del bufón?

Los ojos de Max-Ernest se agrandaron.

—¿Has averiguado la combinación?

Cas asintió antes de añadir:

—¿Y si te dijera que dentro había un trozo de papiro con algo escrito?

Max-Ernest no pestañeaba.

—¿Con jeroglíficos, quieres decir? ¿Por eso me preguntas por este tema?

Cas no respondía. Max-Ernest la miraba fijamente.

—Espera —continuó él—. Esto no tendrá nada que ver con el Secreto, ¿verdad?

—¡Chissst! ¿Se puede saber en qué estás pensando...?

Los dos amigos miraron a su alrededor. No había nadie que pudiera escucharlos (excepto tú y yo, pero no te preocupes que no nos ven).

—Lo siento —dijo Max-Ernest muy agobiado.

No hablar en público del Secreto era una de las normas más importantes (prácticamente la única) para los miembros de su organización secreta, el Círculo de los Tercios. Incluso ese parlanchín compulsivo que conoces como Max-Ernest conseguía, con mucho esfuerzo, respetar este principio. Casi siempre.

—Da igual lo que fuera, porque era tan viejo que se convirtió en polvo en cuanto le eché un vistazo —dijo Cas con tristeza.

—¿Estás diciendo que tenías el... ya sabes qué en las manos y que de repente desapareció? —Max-Ernest intentaba asimilar la información que acababa de preguntar—. Es... ¡Es lo peor!

Cas suspiró y comenzó a cruzar la calle.

—Me prometí a mí misma que jamás te lo contaría...

—No te preocupes. En realidad no me has dicho nada, soy yo el que lo ha adivinado —dijo Max-Ernest mientras la seguía de cerca—. Además, ¿cómo ibas a ser capaz de no contármelo? Soy yo el que controla el tema de los jeroglíficos. ¿Te acuerdas de alguno? Yo podría traducir...

—Ya lo sé, esto me está volviendo loca. Para una vez que necesito tu ayuda resulta que no puedo preguntarte...

—¿Para una vez?

—Bueno, ya me entiendes...

—Pues no. Has necesitado mi ayuda, exactamente, en seiscientos treinta y dos ocasiones.

Cas negó con la cabeza, completamente asombrada.

—¿Es que las has contado?

Max-Ernest se encogió de hombros y decidió cambiar de tema:

—¿Y qué más había en el arcón que te envió el bufón, además del papiro?

—Nada importante. Solo un tesoro.

—¿Un tesoro... tesoro? ¿Te refieres a monedas de oro y cosas así?

—Sí, y un montón, por cierto —dijo Cas, como si no fuera nada importante—. Pero necesito echar otro vistazo a lo que hay allí dentro por si descubro alguna otra pista de... eso.

—No me puedo creer que hayas esperado tantísimo tiempo para hablarme de todo esto —dijo Max-Ernest pensativo—. No me extraña que hayas estado tan rara últimamente. Eres... rica.

Pero Cas no le escuchaba; observaba ensimismada el monumental atasco que se había formado al final de la calle. Los coches estaban parados. La gente gritaba. Los niños lloraban.

—¿Qué está pasando ahí? —Notó un alarmante hormiguelo a lo largo de sus orejas puntiagudas.

A medida que se acercaban a la vieja estación de bomberos, donde vivían los abuelos de Cas, se iban introduciendo en una riada de hombres, mujeres y niños cargados con cajas y bolsas llenas hasta los topes de los más variados objetos: un banjo roto, un Hula Hoop, un atizador para chimeneas, una caña de pescar, varios ordenadores arcaicos e incluso una caja registradora.

—Puede que vaya a haber un huracán o una inundación —sugirió Max-Ernest—. ¿Un incendio, tal vez?

Cas, que era la que normalmente predecía ese tipo de desastres, negó con la cabeza.

—No, no creo que sea nada de eso. Es... algo peor.

—¿Y qué puede ser peor? ¿Una guerra nuclear?

—No. Un mercadillo. De esos que hace la gente en sus casas cuando quiere desprenderse de las cosas que ya no usa —explicó Cas angustiada.

\*

Y tenía razón.

Se vieron obligados a avanzar a paso de tortuga hasta que consiguieron ver la casa de los abuelos de Cas. La calle entera estaba atestada de cajas de cartón y de curiosos que observaban su contenido. Sobre unas mesas se amontonaba la cristalería cubierta de polvo y las estropeadas figuras de cerámica. Era difícil distinguir los electrodomésticos entre tanto cachivache defectuoso. Zapatos desemparejados y corbatas de todos los colores y tamaños surcaban el aire al tiempo que la gente los rechazaba. Una alfombra de libros y revistas de hacía demasiado tiempo tapizaban el suelo como si fueran hojas de otoño.

—¿Están tus abuelos vendiendo todos sus chismes? ¿En serio? No me lo puedo creer —dijo Max-Ernest.

—Lo sé; es raro —dijo Cas con cara de estar oliendo algo pocho.

Se detuvo frente a la puerta de la estación de bomberos, donde descubrió un cartel de color amarillo que nunca había visto por allí:



Cas lo observaba como si se tratara de una nave espacial que acabara de aterrizar en las escaleras de sus abuelos.

—Mi madre me dijo que se mudaban —murmuró—, pero creo que no he pensado en lo que significaban esas palabras. Es como... como si estuvieran vendiendo mi infancia...

—¿Y dónde dejaste el arcón del bufón? —preguntó Max-Ernest, comprensiblemente emocionado por la posibilidad de echar un vistazo a un tesoro de verdad.

El chico miró a su alrededor. Había un montón de cajas y baúles repartidos por toda la calle, pero ninguno se parecía al arcón antiguo que el antepasado de Cas se había molestado en enviar tantos siglos atrás.

—¿Eh? Ah, lo escondí en la entrada trasera —dijo Cas mientras empezaba a subir las escaleras—. Vamos, será mejor que entremos antes de que mis abuelos nos vean.

Cuando accedieron al interior, descubrieron horrorizados que la vieja estación de bomberos estaba completamente vacía (aparte de las telarañas y el polvo y las pelusas que se habían ido acumulando entre las cajas a lo largo de los años).

Lo único que estaba como siempre era la barra de acero por la que bajaban del piso superior al inferior, que, por cierto, estaba más brillante que nunca. Cas tragó saliva al recordar todas las veces que se había deslizado por ella.

—Esto... Cas, ¿no sería mejor que mirásemos por fuera antes de que alguien...?

—¡No se te ocurra ni pensarlo! —exclamó mientras corría hacia la puerta que daba al patio trasero.

Si no encontraban el arcón antes de que un afortunado cliente se lo quedara, la brillante herencia de Cas, por no mencionar cualquier pista del Secreto que pudiera contener, se perdería para siempre.

# CAPITULO TRES



**Lo  
importante**

